

estudio de dos conceptos determinantes: la construcción de un tiempo cíclico y la creación de unos espacios de la memoria. El tiempo cíclico vendría determinado por la circularidad de los temas de los noticiarios, por la observación de como éstos no plantean una lectura de la historia como progreso, ni tan sólo sirven para mostrar las mutaciones del franquismo, ya que la apuesta esencial reside en la repetición de unos temas tradicionales --inauguraciones, fiestas de Navidad, procesiones de Semana Santa, competiciones deportivas-- y en el abandono de la reproducción de cualquier conflicto --no sólo interno--, sino de orden externo. A diferencia de las noticias televisivas, donde los conflictos no dejan de sobreponerse, en No-Do la historia tiene una forma ritual, cíclica, no avanzar porque está eternizada en un régimen que ha sometido el país en un tipo de limbo, detrás del cual no se filtra ninguna realidad posible. Los espacios de la memoria son algunos espacios emblemáticos del franquismo --el Alcázar de Toledo, el Valle de los Caídos-- que fueron erigidos como construcciones simbólicas de la ahistoricidad del régimen y como depósito de una historia legendaria de lucha contra el desorden de la democracia y sus manifestaciones. El No-Do juega a dar relevancia a estos espacios, los enfatiza y acaba concediéndoles su verdadera proyección pública, como proyección ritual del propio régimen.

Las numerosas sugerencias y líneas de actuación que apunta y desarrolla No-Do. El tiempo y la memoria de Rafael R. Tranche y Vicente Sánchez Biosca esconden también un interesante debate disciplinario que afecta tanto la posición de los historiadores generalistas ante los fenómenos culturales que exigen una lectura mítica alejada de los datos empíricos, la función de los historiadores de la cultura de masas ante los fenómenos pretelevisivos que escapan de los medios ortodoxos --radio, prensa, etc.-- y el papel de los historiadores del cine delante de un material que no pertenece al territorio de la ficción, ni a ningún ámbito queridamente artístico. El trabajo de Tranche y Sánchez Biosca nos demuestra como No-Do forma parte de la historia del franquismo, de la historia de los medios de comunicación españoles y de la historia del cine, pero que para conocerlo a fondo no hay que refugiarse en la metodología de cada una de estas áreas de conocimiento, sino que hace falta establecer puntos de contacto buscando una aproximación interdisciplinar que rechace los límites de las historias autofundadas y las capillitas metodológicas.

La violencia en la mirada. El análisis de la violencia en la televisión

Arán, S.; Baratar, F; Busquet, J.; Medina, P. Barcelona: Trípodos, 2001 (Papers d'estudi, 6

por Albert Sáez, profesor de Periodismo de la Universidad Ramon Llull, Barcelona

Repensar la violencia

La violencia en la televisión ha sido un tema más habitual en el debate público que en el estudio académico. Los hechos relacionados con el asesinato de las niñas de Alcàsser provocaron una auténtica alarma social que se tradujo en una lluvia de informes pseudocientíficos, artículos efectistas y jornadas de debate populista. Incluso el Senado español organizó una ponencia que contribuyó a incitar los reproches entre profesionales y políticos a partir de los contenidos violentos de la programación televisiva y de su presunta influencia en el comportamiento de las nuevas generaciones. Es necesario decir que, tal y como recuerda el profesor Miquel Rodrigo en el prólogo de este libro, el debate se ha polarizado a nivel popular haciéndose resonancia de las dos grandes tradiciones de pensamiento que han organizado la investigación en este punto más allá de nuestras fronteras: los que culpan los medios de comunicación de la violencia que hay en la sociedad y los que culpan la sociedad de la violencia que hay en los medios de comunicación. Pero en la mayoría de casos, en el Estado español y en Cataluña, se han trasladado al debate popular los resultados de la investigación sobre violencia televisiva hecha en otros contextos culturales e históricos sin el mínimo esfuerzo para adaptarlos a nuestra realidad.

El tiempo académico no es ni puede ser el mismo que el tiempo político y mediático gobernado por el imperio efímero de la actualidad. *La violència en la mirada* es una respuesta a la preocupación social sobre la violencia televisiva hecha desde el rigor científico. Es también en su génesis una buena muestra de los efectos beneficiosos de la creación del Consejo del Audiovisual de Cataluña que, más allá de dirimir las polémicas de los políticos, ha impulsado un trabajo académico sobre un asunto que inquieta una parte muy importante de la sociedad con referencia a la actividad de los medios de comunicación audiovisuales. El CAC apoyó la creación de este equipo de investigación sobre violencia y televisión en la Universidad Ramon Llull

que ahora presenta una parte de su trabajo en forma de libro, que tiene una virtud en una de sus limitaciones: no se propone cerrar el debate sino impulsar nuevas vías para continuarlo y, sobre todo, para profundizarlo.

De hecho, el libro no satisface plenamente el encargo del CAC, que consistía en establecer un método de observación del grado de violencia presente en los programas televisivos. Era una demanda lógica de acuerdo con la manera como se había establecido socialmente un problema que el CAC tenía que responder como organismo de supervisión del sistema audiovisual. Pero el equipo coordinado por el profesor Jordi Busquet propone en el libro que todo método de análisis de la violencia en la televisión tiene un anclaje en un concepto específico de violencia y, sobre todo, en una concepción predeterminada de los efectos de los medios de comunicación en las sociedades adelantadas. Por eso el libro es una larga y documentada introducción al método de observación de la violencia televisiva que finalmente propone aun expresando muchas prevenciones.

Esta larga introducción no es especialmente original por los temas que aborda: definición de violencia, los procesos de influencia de los medios, el periodismo de éxitos y la violencia como elemento de ficción audiovisual. Podríamos estar delante de un simple reader de las aportaciones más destacadas que se han hecho en la segunda mitad del siglo XX sobre estos temas. Y nos lo encontramos sin embargo hecho desde una perspectiva inédita hasta ahora como es la interdisciplinar. Muy a menudo la posición de los autores respecto a los dos polos de la polémica sobre este tema depende de su adscripción científica. Dicho raso y corto, los psicólogos tienden a dar mucha importancia a los medios de comunicación y los comunicólogos a relativizarla. El equipo formado por Arán, Barata, Busquet y Medina ha integrado los saberes de las distintas disciplinas en un solo debate, cosa que los ha obligado a un importante esfuerzo, diría que superado con éxito, de consenso conceptual y metodológico. Los dos primeros capítulos del libro y, sobre todo, el propio método propuesto, se acercan a aquel ideal que parecía inalcanzable de la transdisciplinariedad, tal y como señaló el maestro Moragas. No es fácil conseguirlo y supone obviamente algunas imperfecciones, pero el método que proponen los autores integra en una única propuesta las preguntas que sobre violencia y televisión se harían todas las disciplinas implicadas al

decir alguna cosa significativa. Otro problema, que el libro no resuelve, es el tipo de vínculos que hace falta establecer entre las diversas disciplinas no a la hora de plantear el problema sino en el momento de solucionarlo o de dar respuesta concreta y científica a las inquietudes sociales que desvela. A pesar de ello, La violència en la mirada rompe dos dinámicas habituales en este tipo de estudios como son el diálogo de sordos entre perspectivas científicas diferentes y la incapacidad de transformar la interdisciplinariedad teórica en una transdisciplinariedad operativa. Habrá que ver en el futuro qué resultado está dando al mismo grupo y al CAC la aplicación del método propuesto y, sobre todo, de qué manera los resultados obtenidos obligan a replantear en parte la teoría publicada hasta ahora.

De hecho, la propuesta de este equipo de investigación incide plenamente en un debate de más profundidad que afecta al conjunto de la investigación sobre la comunicación mediática. Nos referimos a la manera de vincular el estudio de los textos mediáticos con el análisis de sus contextos de producción, consumo y análisis. El estudio de la violencia en la televisión ha sido hasta ahora sumamente descontextualizado. Contar puñetazos es relativamente fácil. Afirmar que los productores los inventan para forjar un determinado modelo de sociedad todavía lo es más. Y pensar que los niños son más vulnerables a los golpes de los dibujos animados que a los de los cuentos prácticamente no ha sido ni discutido. Pero leyendo el trabajo que nos ocupa nos damos cuenta de la precariedad intelectual de estos planteamientos porque, de hecho, la preocupación generalizada por el exceso de representación social de la violencia es un fenómeno propio de sociedades menos violentas. Pasa como en el caso de los maltratos; el aumento de las denuncias es un índice de progreso en la conciencia social contra las palizas a las mujeres. Por lo tanto, diríamos que los medios de comunicación son demasiado violentos para unas sociedades que están dejando de serlo. Es un revés contra las teorías pesimistas sobre ello. Pero el libro nos aporta igualmente la necesidad de buscar nuevos elementos contextuales que pueden incidir en el texto mediático sobre la violencia. En este punto es especialmente interesante el trabajo que se hace sobre los géneros televisivos como origen del metadiscurso compartido por productores y consumidores en el momento de codificar y descodificar un determinado programa televisivo. Dicho coloquialmente, veinticinco golpes

no provocan el mismo efecto en el espectador de un documental histórico que en el de un telediario o que en los dibujos animados. Emisores y receptores definen el significado a partir de las imágenes que comparten pero también a partir de las convenciones de género que, entre otras cosas, las contextualizan.

Estamos, pues, ante una primera aproximación que intenta reorientar desde el ámbito académico un debate social muy intenso pero demasiado a menudo cargado de tópicos presuntamente científicos que han sido superados de hace

tiempo más allá de nuestras fronteras. Unos tópicos que a menudo presentaban como contradictorias posiciones científicas que respondían simplemente a marcos disciplinares diversos que los autores de este libro han hecho el esfuerzo de interrogar a partir de un método de observación único pero compartido. Como toda obra científica rigurosa, abre más interrogantes de los que cierra. Sin embargo la prisa es mala compañera científica, sobre todo cuando se trata de analizar procesos sociales complejos como el de la violencia televisiva.